

EL
MONJE NEGRO

EL
MONJE NEGRO

ó

EL HAMBRE DE MADRID

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

POR

D. TORCUATO TÁRRAGO Y MATEOS

PARIS

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

CALLE DES SAINTS-PÈRES, N° 6

—

1865

EL MONJE NEGRO

PARTE PRIMERA

EL CONDE DE MALVAR

CAPÍTULO I

Anselmo el Montañés.

¡ Arma, arma ! ¡ Guerra, guerra !
(*Comedia antigua.*) ;

En una tarde sombría, y á lo largo de la costa de Llánes, marchaba un jóven adornado con el traje del país : el sombrero de ala ancha caído sobre la frente, ceñido el colete de paño castaño con un cinturón de cuero, y calzado con unos zapatos abotinados, que preservaban sus piés de la aspereza del terreno.

En su mano derecha llevaba un chuzo de afilada punta, y en su izquierda un caracol, á la manera de una silvestre bocina próxima á tañerse.

El jóven montañés, de fisonomía robusta, aunque taciturna, dejó vagar su azulada mirada, primero por las erizadas olas del Océano, que se estrellaban entre una espuma verdosa; despues por los peñascos, que levantaban sus negras cabezas coronadas de excrecencias madreporicas; y últimamente por encima de

las murallas de un viejo castillo, para descubrir tal vez la torre gótica de San Acisclo de Penduëles.

Detúvose por algunos instantes, para recoger acaso un sonido que pudiera venir envuelto entre las bocanadas del viento; mas como quiera que nada distinguió, continuó su marcha hasta lo alto de un gigantesco peñasco que avanzaba sobre el mar, como esos monumentos célticos que parecen medio derribados por la mano de los siglos.

Una vez en aquella elevacion, dejó el chuzo en el suelo y se sentó inmediato al abismo, con la seguridad de las águilas y de los buitres.

Fácilmente podia descubrirse toda la comarca desde aquel punto.

Enfrente tenia el Océano, barrera infinita perdida en aquel momento entre los vapores de la marejada; á sus espaldas se elevaba un castillo de corte feudal, con sus almenas puntiagudas, sus ventanas cubiertas de espesas rejas, y sus torreones redondos, como todas aquellas fortificaciones que datan del siglo XV, miéntras en término mas lejano se veía una preciosa campiña, en cuyo centro se elevaba el pueblo de San Acisclo, que anteriormente hemos nombrado.

El cielo, sembrado de negros nubarrones, daba á aquel cuadro tan bello y tan romántico tintas siniestras, algun tanto lúgubres, excepto en algunos parajes en que un rayo de sol de tinte cobrizo heria las rocas, como si estuviesen calcinadas por el fuego de un volcan.

Acostumbrado estaria el solitario jóven á la contemplacion de tan lindo paisaje, por cuanto sus ojos se fijaron en la antigua fortaleza, como si esperase algo en aquella parte.

De este modo trascurrió una hora.

El horizonte se iba ennegreciendo cada vez mas, el mar rugia mas prolongadamente, y el viento era cada vez mas pesado y sofocante.

— Mucho brama el *Bufon de San Yuste*, murmuró el montañés, fijando su penetrante mirada en el fondo del peñasco, en cuya cima estaba. Sin duda nos amaga una tempestad.

La observacion del jóven era exactísima.

Llamábase en el país *Bufon de San Yuste* á la elevada roca donde se encontraba, la cual horadada y llena de respiraderos,